Nelson R. Ramírez (Chimbote, Perú). Cursó estudios de Lengua y Literatura en la Universidad Nacional Federico Villarreal, donde obtuvo el Primer Premio en los II Juegos Florales de aquella casa de estudios. En la actualidad concluye el doctorado en Hispanic Languages and Literatures en UC Berkeley. Fue mención honorífica en el concurso La Frontera Pellicer/Frost 1999. Ha publicado los poemarios *Azulejos de cerca* (Lima, 1990) y *El polen de los helicópteros* (Lima, 1998). Su poesía ha sido antologada en Perú y aparecido en revistas como *Estruendomudo*, *La tortuga ecuestre*, *Pecado original*, *Cosiámpiros* entre otras. Colabora en *Lucero* desde 1998.

Al alma de Pasteur

a Genevieve Hastings

La geodesia no sabe de qué punto del planeta soy.
Yo tampoco. Puedo ser del sur o del norte, subatómicos.
La pasteurización hizo que los alimentos:
la leche, por ejemplo, duraran más.
¿Pero el amor?
Los microorganismos se empiezan a reproducir
como ríos, la arena soleada por el mar de agua dulce
de los primeros besos, ¿cómo se conserva el amor?;
sin refrigeración los besos, caramelo rojo, chocolates blancos,
cacao lácteo, como la vía, la franja del enigma nocturno,
abrazos sin preservantes, aunque frescã
en un tiempo denso,
como menta, como licor de menta, ojos;
hookas, el aire manzana, sabor dulce del humo,
postre. La liviandad de los planes de viaje, el verano.
Soy del amor, ese paralelo único.
Encuentro con ella, se llama como la santa de París;
sus días en Nepal, su portafolio de fotos, el amor renace.

Letrinología I: Cromosomas X y Y

Las mujeres se quejan.
Los hombres se quejan:
ponen sus palabras,
las mismas/otras,
en un espejo.

El universo metido
en las orejas, desfallece.

Las mujeres sienten la piel
ultrajada.
Los hombres las culpan,
adhieren una calcomanía,
idéntica, en los ojos.
Paredes y puertas
con tacos, encorbatadas.
Las mujeres desafían
el silencio, vociferan.
Los hombres (con audífonos),
oyen lo que quieren,
y lo que no
(les disminuyen el volumen),
se espantan.

El infinito suda, cruje,
le tiembla el estómago,
busca un baño con premura.

Dueto

a mi abuelo Pedro, los tres mosqueteros epígrafes, y el poema

No derrumben mi casa
vieja, había dicho.
No derrumben mi casa.
    Javier Heraud

Frente a la lívida amenaza de la historia:
Ezra Pound,
Ezra
Y su ejército perenne en pie
De muerte.
    Luis Hernández

Para colmo (de mis males) se les ha dado además por ser eternos.
    Antonio Cisneros

I
La naturaleza de lo que vendrá

Baja el tono, pues Cartago y Troya y el introspectivo Eurípides
en *Las mujeres fenicias* con su gritón Eteocles:
"Si los hombres todos compartieran un juicio de lo que es noble
y sabio,
todas las escaramuzas verbosas se desvanecerían sobre la tierra.
Pero como es, no hay cosa tal como 'igual derecho'
o 'justicia'. Estas son palabras; de hecho–no existen".

Baja entonces el tono.

Narra, cabizbajo, tu enclenque epiquita, que en Chimbote
(Ferrol cuando Humboldt pasó en 1802 a lomo de bestia por la caleta de pescadores enterándose
del guano de islas) el anciano desanuda los muchos años acumulados
en la espalda frente a un kiosko de periódicos y, de pronto, adiós modorra.

¿Una cantimplora en el desierto ese gluterío que salta a la mirada?
Descomunales esas carnes la asaltan a diario, nalgas bien papeadas (vedettes las llaman),
pero el flagelo bursátil manosea pulmones de tuberculoso,
mares de ahogado, monedas nicotinizadas.

En tiempos que conoce como suyos,
la ropa se usaba más (no aplica para los pobres),
sobre todo las mujeres, como en Medio Oriente. Mas había otras guerras.

Permiso del lenguaje para no llegar nunca.

¿Dónde las pantallas cuneiformes del siglo con un palito más al escribírsele?
Gilgamesh, la inmortalidad del amigo Enkidu, la buscamos
en el cuello del toro alado, en su voz equivocada.

Vanidad galáctica.
Qué lindo. "Vení divino", dijo la gitana en Montevideo.

Manzana impoluta, mordida; Pacman de bosques blindados
en el transporte de hoteles, voces, venas de mármol,
cuentos de hadas (herencias), ciudades,
¿un supositorio de paz, borrosa la procacidad, métete tu amor al
... (pitido silenciador en talk-show)?

Baja el tono ahora. Zorro plateado leerás nebulosas púrpuras,
las huellas digitales de tus dedos en "Selecciones" de *Reader's Digest*
quedarán como un microscópico infinito que contuviera
el índice del tiempo: universos islas.

Ahí serás ciego al horror (te serán inexistentes los periódicos,
no te queda otra), analfabeto de esa lengua de zigurats,
de esa otra cercana a esos suelos
(que se pulverizaron miles de años con unos misiles en museo, etc.),
a la pluma de la dinastía (*Inglés sin barreras*), pretores y cónsules;
sordo al portavoz de eventos de seda;
cada imperio tiene su turno y su voracidad
(como una farmacia de turno su gula por recetas y enfermos);

como si no hubieras visto rascacielos y aviones
mirándose en el espejo de humo,
masticando su agonía, trizarse, arrancarse lepra del sombrero;
arquetipo que se saca (como Chaplin) con respeto por nosotros,
peatones, pasajeros, pacientes, customers, etc.:

alma de corduroy y pústulas beduinas, verrugas, montañas de verrugas desmoronándose,
cantando, chozas cantando,
desheredados durando, hambre festiva, eficaz, danzando en los clubes, zapateando, descalzas, en
revistas, desnudas, aplausos de empresarios babeantes,
confecciones de pantalones cortos deportivos para damas con letras de universidad
(en las nalgas, mujeres en gimnasio o jogging), de diluvios teledirigidos,
huecos de vida, de viruela,
del arrugado rostro del mundo que nunca se ha untado *Perfectionist* de Estee
(sombrero en la penúltima e) Lauder, como yo, que en paz descanse a los 97, construyó un
imperio de la nada en la industria del cosmético,
de la voz degollada en portaviones
(mugido hambriento del toro alado del cielo).

Extraño los *lifesavers* de niño.

El inmigrante degusta la estatua con sabor a menta en el paladar.
Mejor aún, escocés con club soda en la lengua; larga, enrevesada supercarretera al corazón,
monumento del triunfo, pelota de golf en el último hoyo, birdie la vida;
holy no sé qué y neurosis y, el último rodar, tras el lago del amor, es la muerte.
En el lapso del vuelo, quién puede negar que es el universo
(el trasero, las letras, el amor y la muerte)
una naranja, junto a otra, a millones de años luz, en órbita, Calder:
un jueguete-escultura, una sonrisa.

Ese amor incapaz de ser, nos amamanta, falaz, palabra pecho frente
al espejo empañado de la historia, Lacan encarnado en Garcilaso Inca o viceversa,
o, el poeta de las églogas, su musa Isabel Freire, combustible de maíz el poema-ensayo,
"la naturaleza de lo que vendrá" (poner lo de Pasteur, ejemplo a seguir,
no la rabia con que se infecta el planeta) ...

las damas de la corte y el microscopio de Louis,
el venerando bacteriólogo en el château de Compiègne, apunta, en francés:
"People want to see and compare human blood and frog's blood. Before the men
can even think about pricking their fingers, the Empress has already shed her blood.
Everyone, of course, wants to examine Her Majesty's blood ...",
en su *Correspondencia general*; las enfermedades del vino, las vacunas, etc.

De ello se desprende que la sangre humana,
más que verdosa y de grumos oleaginosos
como la sangre de batracio en malolientes barriles,
es ocre, pulida, rojo indio, cerámica, interplanetaria, bella,
he ahí mi debilidad por la elegancia.

"Pull down thy vanity, it is not man
Made courage, or made order, or made grace,
Pull down your vanity, I say pull down",

Oh viejo Ezra,
en Venecia difamabas la usura; el naturalizado evoca próceres,
mapas en pizarra (la primaria), hordas de culpa: el hambre de su patria
(la primera) en clase de geografía; no en Belén, "la Venecia de los pobres",
en la selva amazónica, animal, frutal;
desnutrida la arena de oro, desiertos de granos dorados por el sol costeño,
ahí el famelismo escribe su manifiesto con las tripas.
Despotrica de la usura, sus virtudes, que son muchas (*Crimen y castigo*, entre otras).

Extraño los *pop-rocks* (caramelos rojos que explotaban entre la lengua y los alveolos)
de la infancia.

Mundo, ¿aparta de mí este réquiem continuo,
en las teclas de su cejijunta Underwood habría lloviznado el poeta Vallejo?

Lo alcanzaste a ver en tu camino del kiosko a la casa al cabeceo, abuelo,
en tu ser abstemio, en tu honrada parsimonia.
Ni apristas ni comunistas: antropófagos y fakires.

Y el tiraje de su mendaz, rijosa cantinela: pornoprensa y pornopetróleo, se acrecenta.

El exilio viejo Pound. El exilio de la patria humana, Ojeda, Juan
distante de las muecas de monos; desterrado del barrio, Hernández, Luis
escuchas música de galaxias que armoniosas contigo se alejan;
profetas de la brisa del mar, de la soledad navegante en las constelaciones.
Esos días, almuerzos familiares de domingo, en Lima tu tribu se reunía,
paladeaba manjares, bebía poesía embotellada
(como la cúpula de Sendero);
algunos adefesios cercaban la ciudad de los virreyes con púas de justicia social,
terror en pulverizados edificios, en las rotativas terror.

Caramba, en *Orestes* la gente se mata; en el Tawantinsuyo,
Cuzco y Quito (como Esparta y Atenas) se matan, etc.

Diversión de diamante en dedo de novia un trago de vodka Chopin,
control remoto y bombardeo y champán después, al cierre de la rapsodia.
Have fun entonces.

II
Cansancio

La espalda del académico que a destajo ensambla letras
parece los campos de barro,
seco y crujiente, quebrado a nuestros pasos cortos,
cuando saltar era crocante, el lodo reseco a los pies,
rompecabezas que los campesinos no ignoraban:
la espalda rajada, color de un viejo trapo sobre la tierra húmeda.

Los niños expedicionaban lejos de la alfalfa,
de sus pétalos en el intestino de la res y los ocelos maquillados
de la mañana, polvillo de alas al jalar con su peso de risa,
el silente juego de una hora distante, saltando,

saltando, flores lilas,
ahora a mediodía lejos del alba muerta,
y cerca de la fertilidad.

Remota, no obstante, infecunda;
cegado por la melancolía, miras
una bandada de escolares revolcándose
entre risas sobre el césped y sus declives:
junto a árboles ramosos que empiezan a desnudarse del musgo;
a un arroyo y aves de alas pardas,
pico y pecho anaranjados, revoloteando.

Burro de carga mental, asalariado de la palabra,
transportas quintales de conciencia, preocupaciones.
Leer La Fontaine (compensa con creces)
te puede convertir en el que llevaba sal en su lomo
y cruzar el río, ágil.
La primavera te masajea nuca y espalda doloridas,
el viento toca su lira, prestada como siempre de Orfeo,
terco cantor de la vida, suya, de su amada. En pos de la amada.
Baja el tono.

En una página de *Lao Tzu* a medianoche

a Stacey Elizabeth

> Yet,
> if we repeat, it is because the wind
> Encircling us, speaks always with our speech.
> — Wallace Stevens

La buena hora del aire
en tu respiración:
ser adentro;

la buena hora del aire,
adn del aire,
aire cero;

uno es
terso deletreo del tiempo:
vigoroso, veloz,
lector de diccionarios
enciclopédicos;

eter y helio,
alquitrán, pétalo,
humo,
maquillaje de madreselvas
en el júbilo de los ojos;

cielo esparcido
en las palabras,
entre níveos almohadones

Enramada
este instante,
círculo solar en alba y en ocaso:

su esplendor coronario
envuelto en átomos de alma
a manuscrito;

imaginar manos sin guante
en montañas de nieve y tomadas,
sintiendo su ausencia
su eco su sal.

Mudanza

a Lola y Julio; Laly, Rakhel y Cass

Cielo, una línea de talco.
Nata satinada del mar que rebervera abajo
es su espejo.

De la colina semeja un lago:
quieto, inmóvil, redondo, casi un sofá azul
que brilla, tintinea, refulge al sol;

incesante, lluvioso,
paisaje de una medalla bifronte,
rostro de plata refractada
a billones de estadios,
de bancos
y monedas y medallas
rodando
cuesta abajo
sus bóvedas,
sus pistas de atletismo;
olas biseladas de espuma.

Los paralelogramos de una telaraña
de buganvillas peinan delicadamente
el sudor,
perfectos trapecios
para el orden de los ojos:

el alma pasa por ahí;
con recio impulso de circo, se arroja al aire:
varias vueltas mortales
y el mar la toma de las manos,
queda parada en su sarcófago de cuerpo,
sobre una tabla hawaiana, una estatua
que se balancea, tiembla y puede caer.

Llegar e irse. Ubicar, decorar,
tareas donde reposa el adorno,
la taza de té que es la memoria
(a veces decoración de una madre
por la casa de la niñez,
marco que adrede quemaban sus manos,
cenizas en las muescas
de una reproducción de Van Gogh
en madera,
el borde del paisaje en esa pared vacía).

El acuarium pesa demasiado,
con sólo cuatro almas: dos escalares,
ángel y camarón.
Pero ese mar ya está en su sitio.
Trozo de tiempo que se mueve
en esta sala con ventanal:

la bahía
y por toda participación
de fuerza, los ojos, de suspensión,
de puente entre el alma y el mar,
que pesan un gramo.

Las escondidas

a Pedro y Aurora, abuelos

Jugué a las escondidas de ese tiempo
cuyo lapso se ocultaba en el transcurso de un conteo
hacia correr y salvarme.
Antes hube escuchado en tardes de evangelio
historias de una abuela que me enseñó a llorar con su Biblia
de lomera adventista y papel cebolla de ribetes rosados.
Ha cuánto de inmediatamente aquello.

El sol permanece arriba,
fusila como lupa entre su ojo y el dorso de mi mano,
negra ametralladora de plástico y chispas rojizas (en Toys "R" Us
para otros *nunc*);
achicharra los veranos en una ciudad distante de la casa natal.
Pero ese sol nocturno es una insolación de la memoria,
encantadora playa, erisipela luego,
paredes rajadas y aventuras lúdicas a la esquina, no más allá.

¿Qué de los amigos, descubrimiento en bicicleta de montículos
de arena para hacer cross?
Pérdidas y hallazgos de calles en urbanizaciones aledañas;
desconocidos señores ahora, nuestro paradero,
sus oficios, los míos, ex libris.
El sudor acumulado en el jadeo bullicioso de risa aquí contigo,
muerta, corren en el niño a trancos los lugares en que contentas,
se escondían, silenciosas, las horas.

Otro ocaso.

Y sentir ese momento en que nos escondimos:
el tiempo cuenta hasta el infinito (que Hawking ve confín)
y jamás nos encuentra,
porque en una arruga el recuerdo cuenta más de la cuenta
y es mar
y ese tiempo,
de agua, fuego, aire
de un planeta fuera todavía de la dulce,
numerosa cabeza de los astrónomos,
nos perdió de vista para siempre.